

cion cada día mas firme de «defenderse hasta en su última aldea con su último batallón, antes que someterse á la voluntad del rey de Prusia.» La última esperanza de paz á la cual se asió Bernis estaba en Inglaterra y quiso alcanzarla con la neutralidad del Hanover, pero tambien esta esperanza se deshizo con el tratado de subsidios firmado en 11 de abril entre la Inglaterra y la Prusia.

Al fin se habia librado Jorge II de la maligna influencia de la prusofobia y del espantajo de las intenciones hostiles de la Prusia, ideas que hasta entonces le habian hecho cometer tantas necedades é infidelidades y finalmente tan gravísimos errores en San Petersburgo. Pitt tambien renunció á todo lo que antes habia dicho contra el elector de Hanover, su política personal y sus tropas electorales. Ante la gran idea de la identidad de intereses entre Inglaterra y Prusia desaparecieron todas las pequenezes que hasta entonces habian separado á las dos cortes, dando lugar á una union que aseguró á ambas partes una suerte gloriosa comun y á sus autores el derecho á la gratitud de las dos naciones. Por la primera vez aceptó el rey de Inglaterra obligaciones de gran alcance como aliado de su sobrino, sin ninguna de las intenciones mezquinas y secundarias que hasta entonces habian envenenado todas sus relaciones políticas con la Prusia.

El convenio que el señor de Knyphausen, el nuevo plenipotenciario prusiano, encontró preparado y á punto de firmarse en Lóndres y que efectivamente firmó el 11 de abril de 1758, el mismo día en que fué recibido por el rey, obligaba á este último á pagar al rey de Prusia anualmente 670,000 libras esterlinas ó sean 16.750,000 pesetas con carácter de subsidio, y á no celebrar ni como rey de Inglaterra ni como elector de Hanover tratado alguno ni de paz, ni de armisticio, ni de neutralidad de cualquiera clase que fuera con potencia alguna, sin el consentimiento del rey de Prusia. En una declaracion que firmó el rey el mismo día se obligó tambien á solicitar del parlamento los fondos necesarios para mantener un ejército de 50,000 hombres á los cuales agregaria 5,000 como principe elector. El parlamento votó las sumas necesarias; pero no logró Federico el envío de una escuadra inglesa al Báltico, que tanta importancia para él tenia para proteger las costas prusianas contra los rusos. El pretexto de que se valió el gobierno inglés para no enviar fuerzas marítimas al Báltico fué que una escuadra pequeña no haria nada, y que no podia desprenderse de una grande; pero en realidad, el motivo, aunque lo negó solemnemente, fué el deseo de no romper públicamente con la Rusia y no perder las ventajas de su comercio en el Báltico.

Esto fué el contenido de las proposiciones que Pitt presentó el 13 de abril al parlamento. En un elocuentísimo discurso, del cual solo se han conservado algunos pobres fragmentos sin color individual, como de todos los discursos que pronunció en la época de su mayor fama, recomendó al parlamento que votara la aprobacion del convenio y los fondos necesarios para la guerra continental. En 20 de abril los votó la cámara de diputados casi por unanimidad, siendo la suma total votada 1.830,454 libras esterlinas ó sean 45.761,350 pesetas.

La reaccion de este convenio se hizo sentir inmediatamente en el teatro de la guerra.

En el cuartel general del principe Fernando en Münster, se presentó con el carácter de comisario inglés un comandante llamado Durand para pasar revista al ejército que, como Pitt habia dicho en la cámara de los comunes, debia trasformarse de ejército de observacion en ejército de operaciones. Durand llevaba instrucciones de Pitt para el principe Fernando, segun las cuales este debia pasar el Rhin y caer de improviso sobre los franceses, que se creian muy seguros en sus cuarteles de invierno.

En 31 de mayo el general Clermont envió á su gobierno en Versalles un magnífico plan de campaña que consistia en descansar todavia todo un mes, é invadir despues la Westfalia, rechazar á los hanoverianos y ocupar todo el territorio y todas las plazas fuertes hasta las embocaduras del Ems y del Weser, que poco antes tan cobardemente habia evacuado. Con esto puede calcularse la consternacion que debió apoderarse de su ánimo cuando dos días despues supo que todo el ejército enemigo habia pasado el Rhin no lejos de Emmerich y que se aproximaba á marchas forzadas hácia él. Con la mayor precipitacion empezó la retirada, á pesar de su brillante plan de ataque de dos días antes. El 12 de junio pareció querer hacer frente al enemigo; pero solo hizo un simulacro de resistencia, porque despues de una corta accion siguió su retirada hácia Meurs, y de allí á Neuss. En Neuss recibió instrucciones del mariscal Belleisle, que entre tanto habia sido nombrado ministro de la guerra en lugar de Paulmy, las cuales le ordenaban avanzar. En su consecuencia volvió atrás hasta cerca de Crefeld donde estableció el 19 de junio su campamento en una posicion magnífica entre las aldeas de Fischeln y Anrath detrás de la antigua Landwehr. Sus fuerzas subian á 42,000 hombres, mientras las del principe Fernando solo llegaban á 30,528. A pesar de esta inferioridad de número y á pesar de la fuerte posicion del campamento enemigo, el principe Fernando procedió al ataque el 23 de junio y derrotó en una brillante batalla á los franceses, que á consecuencia de ella se retiraron hasta Colonia.

Desde la jornada de Rossbach habia adquirido Federico el Grande una grandísima popularidad hasta entre los franceses. Bernis escribia en 7 de abril á Stainville: «Aquí están enamorados del rey de Prusia hasta la locura, porque aquí siempre simpatizan con los que entienden su negocio.» La verdadera razon sin embargo fué que en el vencedor del 23 de junio habia aparecido un héroe nuevo que mereció la gratitud de los franceses por haber expuesto á la vergüenza pública á los incapaces generales de los salones de la Pompadour.

V.—LOS RUSOS EN PRUSIA. ZORN DORF Y HOCHKIRCH.

La manera con que la Rusia hizo la guerra cuando se presentó la ocasion de hacerla de veras, guerra que ninguna potencia habia anhelado con mayor impaciencia que ella, no correspondió al lenguaje que la emperatriz Isabel y su gran canceller conde de Bestusheff habian usado durante estos años. El lenguaje siguió siendo el mismo; no se habia mudado de intencion respecto de la Prusia, ni tampoco habia salido de su antiguo carril la diplomacia rusa. Hasta parecia que esta última habia hecho en aquella jóven corte conquistas inesperadas; pero en el ejército ocurrieron cosas que no se podian explicar ni por la incapacidad de la direccion, ni con la mala é inepta administracion militar. Todo era enigmático y contradictorio; pasaron meses antes de que pudiera abrirse la primera campaña, y apenas se hubo alcanzado la primera ventaja, el ejército emprendió una retirada incomprensible, y ocurrieron dos catástrofes que demostraron la desorganizacion profunda é incurable que existia en las esferas gubernativas.

La invasion armada del rey Federico habia sido contestada en San Petersburgo con declaraciones que no podian ser mas decididas, y con medidas al parecer no menos claras y resueltas.

El gran canceller Bestusheff habia entregado en 6/17 de setiembre de 1756 una nota al consejero de legacion sajón Mauricio Prasse, en el cual le anunciaba que la cooperacion comun del Austria y de la Rusia contra la Prusia principia-



Isabel I, emperatriz de Rusia

ria inmediatamente; que en especial la Rusia ejecutaria una rápida y poderosa diversion en territorio prusiano «sin consideracion á la estacion avanzada ni á la gran distancia;» y que el rey-electoral podia estar persuadido de que la Rusia le alcanzaria una satisfaccion de la Prusia «por la conducta brutal del rey Federico respecto de sus territorios hereditarios, y esto no á la medida del daño causado, sino proporcionada á la enormidad del exceso cometido con la violacion de la paz.»

Los regimientos que se hallaban en San Petersburgo fueron enviados á Riga por mar para relevar allí en la frontera á los cuerpos destinados á Polonia y á la Prusia Oriental; se nombraron cuatro generales feldmariscales, Apraxin, Buturlin, Trubezkoy y Rasumowski, de los cuales el primero obtuvo el mando en jefe del ejército destinado á operar la diversion contra la Prusia. De estos preparativos hasta la guerra efectiva habia todavia gran trecho, y Apraxin estuvo pensando sobre el asunto hasta el mes de mayo de 1757 antes de resolverse á pasar la frontera prusiana. Este retardo no parecia motivado por el cambio de las intenciones sabidas del gobierno ruso; porque en 31 de diciembre (estilo antiguo) de 1756 ingresó la emperatriz en la alianza defensiva austro-francesa de Versalles, y en 22 de enero (estilo antiguo) de 1757 firmó tambien con el Austria un convenio para determinar la direccion comun de la guerra contra la Prusia. Hasta parecia que Bestusheff habia convertido al gran duque Pedro, cuyo entusiasmo por el rey de Prusia era público y sabido de todo el mundo, porque aquel principe se mostró dispuesto á poner al servicio del Austria á cambio de grandes subsidios sus 1,000 holsteineses que instruía él mismo en Oranienbaum en los ejercicios á la prusiana. Cuando despues de la batalla de Praga el partido austriaco en la corte de Rusia se desanimó y quiso renunciar á todos los pensamientos belicosos contra la Prusia, fué Bestusheff quien recordó á todos los deberes que los tratados imponian á la Rusia, el «principio fundamental» convenido en 1753, y quien logró que se pasara en 24 de mayo una circular á todos los embajadores de Rusia en el extranjero, en la cual se les decia que las desgracias del ejército austriaco no detendrian á la Rusia en el cumplimiento fiel de sus deberes de aliada, sino que por el contrario la impulsaban á redoblar sus esfuerzos; y si todos sus aliados se viesan obligados á la paz, quedaria ella sola en la liza y pelearia hasta haber encerrado al rey de Prusia dentro de límites tan estrechos, que quedara reducido á impotencia perpetua.

El recién nombrado feldmariscal Apraxin no ofrecia grandes esperanzas de operaciones guerreras decisivas. Williams le describe en sus informes como modelo de incapacidad y presuncion, defecto tan comun en los altos puestos del ejército ruso desde que habian sido eliminados del servicio los talentos militares de la escuela de Münnich, como Löwendal, Keith, Manstein, Lacy y otros, ninguno de los cuales, por lo demás, habia nacido en Rusia. El hombre enviado por la zarina contra Federico el Grande era un viejo vanidoso que jamás se habia visto enfrente de un enemigo ni habia mandado ejército alguno; hombre toscó y perezoso, aficionado solo á goces materiales, habituado á satisfacer sus vicios á costa ajena; que soportaba con abyecta cobardía los ultrajes mas indignos y que recibia con la misma bajeza los desprecios mas insultantes como si fuesen limosnas. Por fuerza un hombre semejante habia de sentir angustias mortales ante la sola idea de un encuentro con un enemigo como Federico el Grande; pero una circunstancia enteramente especial le impidió aplazar primero la salida del ejército de una semana á la otra, y despues, la apertura de las operaciones de un mes al otro.

ÉPOCA DE FEDERICO EL GRANDE

Desde el otoño del año 1755 estaba frecuentemente enferma la emperatriz Isabel. En octubre del mismo año escribió Williams á su gobierno: «Tiene una tos rebelde, la respiracion corta y las piernas hinchadas.» Seis meses despues volvió á escribir: «La emperatriz se ha vuelto melancólica y vive muy recogida. En todo el invierno no ha abandonado su palacio, mientras antes salia cada dia en coche ó á caballo.» Si la emperatriz, que tenia en el tiempo de que ahora hablamos frecuentes desmayos, llegaba á no despertar de uno de sus síncope, caia el gobierno en manos del gran duque Pedro y de su esposa Catalina con su corte, y con ellos sobrevenia un cambio radical. Se sabia que el gran duque Pedro, por simple y pueril que fuese, admiraba á Federico de Prusia como un sér superior, y abominaba con toda la fuerza de su alma la alianza ofensiva que se habia formado contra la Prusia. De la gran duquesa se sabia tambien que odiaba al Austria y á la Francia, y que en cambio tenia en grandísima estimacion á Inglaterra, con cuyo embajador Williams estaba en relaciones intimas. Todo esto no impedía que ambos esposos viviesen en perpetua penuria y admitiesen en ocasiones dinero de la corte de Austria en cambio de algunos servicios, sin mudar nada en sus opiniones é intenciones. Era costumbre, por lo demás, en la corte de Rusia, admitir dinero de cualquier lado que viniese, y proceder despues como si ningun compromiso moral se hubiese contraído. Así lo hacia tambien Bestusheff con la Inglaterra. Por grande que fuese la dificultad de contar con la consecuencia, formalidad y fidelidad de nadie en semejante centro de intrigas, conspiraciones y de toda clase de bajezas, una cosa era segura, á saber: que la muerte de la emperatriz seria una catástrofe para todos los que hubiesen ido demasiado lejos contra la Prusia y la Inglaterra. Los altos funcionarios á quienes su destino retenia en la corte podian asegurar su porvenir por medio de hábiles maniobras entre la corte vieja y la nueva; pero no estaban en el mismo caso los generales que tenian que marchar contra un enemigo que quizá de la noche á la mañana seria amigo del nuevo soberano. Así se comprende que Apraxin al despedirse en noviembre del conde de Bestusheff, en San Petersburgo, para incorporarse á su ejército en Riga, le dijese que le afigia muchísimo que SS. AA. imperiales continuasen tan afectas á los reyes de Prusia y de Inglaterra, y que en caso de que los venciera le aguardaba una pésima perspectiva en vista de la enfermedad de la emperatriz. Esta confesion revela el verdadero motivo de todos los enigmas que ofrece el comportamiento del general Apraxin durante el tiempo de su mando, y explica tambien la prisa que le daba Bestusheff; porque para éste tambien se trataba de ser ó no ser cuando la emperatriz llegara á cerrar los ojos para siempre. Bestusheff, sin embargo, ocultaba sus sentimientos delante del embajador inglés Williams, y con su habitual sinceridad fingida, como «saliendo del corazon,» le decia que era él quien retenia al feldmariscal, al cual ponía todos los obstáculos posibles en el camino, á fin de que no sufriera ningun perjuicio el amigo del rey de Inglaterra, y de que éste viera que él queria merecer la pension que le pagaba. Esto era, como ya se comprende, pura farsa. No era el oro inglés como creia Williams, sino la alianza secreta que Bestusheff habia hecho con la gran duquesa Catalina, lo que determinó la conducta del gran canciller; y solo la circunstancia de no morir la emperatriz tan pronto como los conjurados esperaban, desbarató todo el plan, en el cual se habia destinado al ejército de Apraxin un papel muy distinto de aquel que los que no estaban en el secreto esperaban verle desempeñar contra la Prusia.

Obedeciendo á las órdenes terminantes de la emperatriz, se puso Apraxin, finalmente, en marcha en 1757, dirigiéndose

con sus 100,000 hombres al través de la Lituania polaca á la frontera prusiana. Una division de 28,000 hombres mandados por el general Fermor se presentó en 30 de junio delante de Memel, cuya débil guarnicion capituló el 5 de julio despues de un bombardeo de 5 dias. Esta capitulacion fué violada por parte de los rusos, que en lugar de dejar marchar libremente los 800 hombres de la guarnicion, les hicieron elegir entre entrar al servicio de la Rusia ó ser internados en este país. Una multitud de habitantes pacíficos, en especial fabricantes y labradores, fueron llevados á la fuerza con sus mujeres é hijos á un desierto ruso para colonizarlo y roturarlo; mientras que 12,000 hombres de tropa ligera rusa, cosacos, tártaros y calmuco devastaron los distritos rurales con una ferocidad que recordaba el tiempo de los hunos; respecto de lo cual dijo Archenholtz en su historia de la guerra de los siete años en Alemania (Berlín 1793): «Estos monstruos asesinaban y mutilaban á personas indefensas, solo por su gusto infernal; los colgaban de los árboles, les cortaban las narices y las orejas; á unos cortaban las piernas; á otros abrian en canal y les arrancaban el corazon. Incendiaron por gusto aldeas y lugares, y para quemar á los habitantes vivos formaban á veces cordón al rededor de la poblacion que intentaban entregar á las llamas, á fin de que no se escapara ninguno de los habitantes. A los nobles y curas desgarraron las carnes á latigazos con el knut; los colocaban desnudos sobre ascuas y les aplicaban otros martirios. A los padres quitaban los hijos, ó los mataban á su vista; las mujeres y muchachas eran sacrificadas á sus gustos bestiales, y muchas se mataron ellas mismas para librarse de tales verdugos.»

A fines de julio, y no antes, reunióse Apraxin con el grueso del ejército en la Prusia Oriental, incorporándose el 18 de agosto cerca de Insterburgo á la division de Fermor. El 27 y 28 pasaron los rusos el rio Pregel y se atrincheraron cerca de Grossjaegerndorf enfrente del reducido ejército prusiano. El feldmariscal Lehwaldt que lo mandaba, y contaba ya 72 años, tuvo el valor de atacar en 30 de agosto con sus 24,000 prusianos á los 80,000 rusos bien atrincherados, y logró derrotar el ala izquierda rusa, compuesta de caballería y de infantería; pero las horrosas descargas de metralla que los rusos enviaban desde las alturas que se elevaban á las espaldas de los prusianos impidieron todo ulterior avance. En el mismo momento arrojáronse sobre los prusianos 20 batallones frescos de la reserva rusa y los obligaron á abandonar el campo de batalla despues de una sangrienta lucha, con enormes pérdidas, pero con un orden admirable. El honor de las armas prusianas quedó tambien incólume en este dia infortunado.

Las consecuencias de esta jornada fueron tales, que cualquiera habria dicho que los rusos, en lugar de ser vencedores habian sufrido una gran derrota; porque Apraxin, en un consejo de guerra que celebró el 7 de setiembre con todos sus generales, resolvió retirarse apresuradamente del territorio prusiano por falta de viveres, y lo hizo con tanta prisa que abandonó 15,000 heridos y enfermos, 80 piezas de artillería y mucha impedimenta. Los rusos señalaron su camino con asesinatos, incendios y horrores de toda clase. La retirada se cambió en huida desordenada con las viruelas que se presentaron entre los calmuco. Las tropas que volvieron á Rusia, es decir, á Curlandia en el mes de setiembre, no parecian ya ejército. Todas las órdenes de marcha que envió la emperatriz, irritadísima de semejante retirada arbitraria y vergonzosa, quedaron burladas ante la resistencia pasiva de aquella muchedumbre confusa y desalentada. Pasaron meses antes de que aquella masa volviera á estar otra vez en disposicion de marchar; y hasta entonces no quedó mas re-

curso á la autócrata que desahogar su rabia en los causantes del mal, que resultaron ser Apraxin y..... Bestusheff.

Este último habia jugado una partida atrevida y la habia perdido. Desde 1755 habia mantenido relaciones secretas, á espaldas del gran duque, con su esposa la gran duquesa Catalina contra la emperatriz y sus privados, los Schuwaloff, los embajadores de Austria y Francia y toda su política. El agente y hombre de confianza de esta conspiracion era el embajador inglés Williams, al cual la gran duquesa Catalina escribió en 9 de noviembre de 1756 lo siguiente: «Hoy he recibido una comunicacion de los Schuwaloff (1) que sienten mucho el disgusto que me causa á mí y á mi esposo la nueva alianza entre la Rusia y Francia. Dicen que es sistema suyo y lo creen bueno. Ofrecen dedicarse enteramente á mi servicio, ponerme en buen lugar con la emperatriz y proporcionarme mientras ella viva, todo cuanto pueda serme agradable. En cambio me piden que les prometa mi proteccion en lo venidero, y que admita y ampare su política.—Yo les he contestado que por lo que se me alcanza de cosas políticas, no podia menos que desaprobador completamente su nuevo sistema; que siempre me habrian encontrado dispuesta en favor de una alianza inglesa y contra una francesa, á pesar del ningun peso de mi opinion en semejante materia. Les he dicho además que queria ser franca con ellos, por cuya razon les aseguraba, que el gran duque no solamente no adoptaria jamás este sistema político, sino que, tan pronto como pudiere, castigaria severamente á sus inspiradores. Vituperan á V. por su parcialidad en favor del rey de Prusia; pero yo no le vitupero á V.; porque nosotros tenemos ahora, y espero que tendremos siempre la misma opinion.»

En 19 de agosto de 1757, es decir, pocos dias antes de la jornada de Grossjaegerndorf, recibió Williams, á su despedida de San Petersburgo, dos cartas autógrafas, una del gran duque Pedro y otra de su esposa la gran duquesa Catalina. El primero le decia: «No dudo de la sinceridad con que V. mira por mis intereses que por mas de un concepto están unidos á los del rey de Inglaterra, y espero que el enemigo comun de ambos países lo sentirá algun dia.» La gran duquesa le decia: «Jamás olvidaré la gratitud que le debo á V. Para recompensar á V. conforme merecen sus nobles sentimientos, aprovecharé todas las ocasiones de hacer entrar de nuevo á la Rusia en la senda donde yo veo su verdadero interés. Esta senda es la de la íntima union entre la Rusia y la Inglaterra, y la de ayudar á la nacion inglesa á conquistar en todas partes la supremacia, que le es indispensable tener para bien de toda la Europa y en especial de la Rusia, sobre el enemigo comun, la Francia, cuya grandeza es el oprobio de la Rusia. Aguzaré toda mi inteligencia para confirmar con obras estas mis intenciones; será una gloria para mí, y no dejaré de certificar al rey su señor su sinceridad de V.»

En esta carta habia exagerado la gran duquesa sus sentimientos en la medida que á ella le convenia para servirse de Williams hasta donde conviniera á sus planes. La única cosa sincera de esta carta, llena de seguridades de gratitud, era el deseo de la gran duquesa de subir al trono de Rusia con el auxilio de la Inglaterra, como antes lo habia logrado la emperatriz Isabel con el auxilio de la Francia; porque cabalmente en estos dias de agosto habia tanta probabilidad de

(1) Estos eran: Pedro Schuwaloff, senador y general en jefe, cuya esposa habia sido la compañera de infancia y seguia siendo la constante acompañante de la emperatriz Isabel; el hermano de Pedro, Alejandro Schuwaloff, tambien general en jefe y además inquisidor general ó jefe de policía secreta del gobierno, con encargo especial de vigilar á los miembros de la misma familia imperial, es decir, á los grandes duques; y finalmente Juan Schuwaloff, el amante de la emperatriz. V. ARNETH V. 43-45.



La gran duquesa Catalina Alexiewna de Rusia